

## **NOTICIAS**



## En memoria de Quintín Racionero Carmona

Nuestro querido amigo Quintín Racionero fallecía en Madrid la mañana del 18 de octubre de este año. Todos estábamos convencidos de que su fin se aproximaba a marchas forzadas. Él mismo, con una serenidad digna de Séneca o de Hume, nos hablaba a quienes íbamos a visitarle de aquello que los médicos le habían dicho: que en los próximos días le iría venciendo el sopor y que de uno de esos sueños no despertaría. Mientras tanto, allí estaba, rodeado de su familia y de sus amigos, ocupado como siempre por las cuestiones filosóficas, porque a lo largo de su vida su actividad filosófica fue tan intensa como admirable. Formado en la Universidad Complutense, comenzó su carrera académica simultaneando las clases en la misma con la docencia en varios Institutos de Bachillerato. Yo mismo le sustituí durante algún tiempo en el Instituto Eijo y Garay y allí pude comprobar la admiración y el cariño que le tenían sus estudiantes. Dos comentarios que recuerdo de sus alumnos: «es un sabio» y «es como uno de esos hombres del Renacimiento». Y no se equivocaban, porque siempre rehuyó la especialización fácil. Por una parte estudiaba a Leibniz, pensador multifacético donde los haya, por otra parte estaba Aristóteles y la pasión por el conjunto del mundo griego; y a ello añadía su reflexión sobre los problemas de la hermenéutica, el pensamiento de Heidegger, y el diálogo entre las diversas tradiciones filosóficas del mundo contemporáneo. En todos estos ámbitos publicó escritos excelentes. Me vienen a la cabeza, como meros ejemplos, sus artículos «Heidegger urbanizado (Notas para una crítica de la hermenéutica)», «Postmodernidad e Historia (Tareas de la investigación histórica en el tiempo de la posthistoria)», y «No después *sino* distinto. Notas para un debate sobre ciencia moderna y postmoderna», o su libro *La inquietud en el barro. Lecciones de Historia de la Filosofía antigua y medieval: I El espíritu griego*. Se sentía especialmente orgulloso de su traducción de la *Retórica* de Aristóteles (admirable en su rigor) y del extenso prólogo a la misma. No era para menos, porque enlazaba el estudio de esta importante obra del pensamiento clásico con las preocupaciones actuales de la teoría de la comunicación y de la filosofía práctica. Y, luego, además de sus escritos, estaba su incesante actividad organizadora. ¿Cómo no recordar la fundación del «Seminario permanente de Metafísica y Metapolítica», en donde durante varios años en la Universidad Complutense se analizaron los presupuestos metafísicos de los pensadores clave de la filosofía política, o la dirección contraria, cómo las posturas políticas condicionaban los planteamientos en el ámbito de la metafísica? ¿O el seminario de investigación sobre el pensamiento actual *Pólemos* en la Uned, una vez que obtuvo su cátedra en esa Universidad? También fundó la Sociedad Española Leibniz para Estudios del Barroco y la Ilustración, y desde el primer momento participó en la constitución de nuestra Sociedad Académica de Filosofía. Y esta actividad incesante se desarrollaba en medio de largas estancias en el extranjero y de incontables viajes: no era raro intentar contactar con él y descubrir que estaba en Alemania, en Israel o en Estados Unidos. Los amigos, justamente porque le queríamos, le decíamos que no viajara tanto, que sistematizara su obra, que recopilara sus múltiples artículos publicados en diversas lenguas, y que además no queríamos

prescindir de su participación en nuestros congresos y reuniones. Él nos decía que teníamos razón, pero añadía que es que hay tanto por hacer... y con la misma generosidad vital con que nos visitaba en nuestras universidades, acababa cogiendo el avión para ofrecer un curso en Argentina o en Perú. Ahora nos ha dejado definitivamente, y sólo podemos decir y esperar que, tomando como fuente a Shakespeare, el resto no sea silencio. Él mismo, amante de la poesía, publicó unos *Sonetos de Circe*, en donde escribía:

«Yo moriré, no guardarán mis versos,  
testigos de mi ser y mi memoria,  
espléndidas imágenes de gloria,  
hogueras de virtud, vicios perversos.

Serán, todo lo más, trazos dispersos  
de una vulgar y rutinaria historia,  
y una cálida voz contradictoria,  
y una razón poblada de universos»

Gerardo López Sastre